



GUILLEM LÓPEZ

# EL ÚLTIMO SUEÑO

minotauro

**GUILLEM LÓPEZ**

# **EL ÚLTIMO SUEÑO**

Primera edición: abril de 2018

© Guillem López, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 7.a planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0527-9

Depósito legal: B. 5.479-2018

Fotocomposición: gama, sl

Impresión: Egedsa

Impreso en España

*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Habían encontrado la justificación moral de todas las atrocidades cometidas en su nombre.*

JUVELIANO  
El sentido del progreso

### Corre, Kemi, corre

**E**n plena hora punta, el mercado era un galimatías tan apabullante como la amalgama de especias, aguas hediondas y fruta podrida. Kemi se sumergió en la multitud con la esperanza de pasar inadvertida. Trotaba sin resuello, agotada y consumida por la fiebre. La claridad diurna todavía resultaba molesta a sus ojos después de pasar dos días encerrada en un calabozo húmedo. Se acarició las muñecas, allí donde los grilletos habían herido la piel. El escozor le recordó los insultos y las vejaciones a que la sometieron, con inquina y odio alimentado en secreto y por fin liberado. Aquello perduraría en el recuerdo durante mucho tiempo, lanzando directos a la nariz y al estómago y, entre golpe y golpe, la seguridad de que era un mundo atroz, pero también de que la única escapatoria posible pasaba por seguir adelante. Porque cada paso la alejaba de la muerte.

Sentía todos los ojos sobre su mal disimulo. A cubierto, bajo un saco sucio que apestaba a pescado, se abrió paso entre gandules de implantes oxidados y trató de otear sobre el gentío. Supuso que si continuaba en dirección sur llegaría al río y recordaba allí un par de tugurios y pensiones de mala muerte. Quizá, con suerte, encontraría algún conocido, uno de esos rostros sin nombre que pertenecen a la noche etílica. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Sus únicas referencias eran salas de baile y fumaderos de bok, antros y prostíbulos que visitaba con otros ciudadanos amantes del abismo. Hasta aquel momento, Kemi había vivido con un pie en cada mundo, el de los vivos y el de los muertos. Solo uno de ellos era real. De día habitaba las ostentosas salas del zigurat; de noche, escapaba en busca de excusas peligrosas; extinguirse como una llama encerrada o dejarse matar por despecho y gula de vida. Esa era la realidad de su existencia. Así que no podía decir que conociese la ciudad, aunque ¿quién la conocía realmente?

Paraíso: la más grande ciudad imperio parida por la ambición. Si tenía un límite más allá de los tejados puntiagudos, tras la densa contaminación y las chimeneas industriales, la mayoría de sus habitantes no lo había visto ni jamás llegarían a verlo. Recordaba un rompecabezas inmenso de avenidas y calles, paseos y algún que otro parque de árboles retorcidos y lúgubres como los negocios de traficantes de colágeno y mecanistas sin licencia. Un enjambre de esquifes voladores, algún zepelín y carabelas de tres globos, zigzagueaban en la perpetua tormenta de humo y vapores que cubría la urbe. El río Óleto la cruzaba de Oriente a Occidente y se bifurcaba en canales y trasvases que navegaban bajeles y barcazas a pérgola. Paraíso era una ciudad anclada al mundo, un tumor verrugoso que, inexorable, devoraba montañas y colinas y cagaba podredumbre. En el centro, justo en el lugar en que se encontraban todos los caminos, se levantaba el gran zigurat. El barrio de los ciudadanos, sacerdotes, políticos y mercaderes enriquecidos con la industria y el comercio. El lugar del que provenía Kemi y del que huía. Una pirámide escalonada en la que brotaban jardines colgantes, palacios de seis minaretes y villas sobre arbotantes y balcones. Visible desde cualquier parte, omnipresente centro de gravedad en torno al que giraba el imperio, la ciudad y sus habitantes.

Al mirar atrás, en busca de sus perseguidores, Kemi tropezó con un mironi piel gris que transportaba un cesto sobre la cabeza. El hombre trastabilló, dando voces y aspavientos. Una cascada de aves desplumadas se desparramó en el suelo. En la distan-

cia, Kemi descubrió los alfanjes serrados de los síndicos que seguían la pista. Un grupo de niños andrajosos la señalaron con el dedo, riendo a carcajadas de dientes rotos. El mironi hincó las uñas en el brazo de Kemi y la atrajo hacia él. Masculló algo en un idioma extraño. Sus ojos rasgados y bizcos se iluminaron cuando olfateó la pista dejada por el miedo de Kemi hasta los síndicos. Sonrió satisfecho y dio la alarma. El horizonte de sombreros de paja se abrió al paso de la guardia armada. Su captor voceaba y sacudía una mano en alto mientras la retenía con la otra. Un gordo espantaba, impertérrito, las moscas que zumbaban sobre cabezas de cordero despellejadas y listas para ser hervidas en grandes ollas. La multitud contempló la escena con la misma expresión anodina que esos ojos bovinos sin párpados.

—¡Suelta, hijoputa! —exclamó ella, y lo derribó de un empujón.

Ante el pasmo de curiosos y espectadores, los jóvenes descamisados aprovecharon la oportunidad para arrojar sobre la mercancía del mironi. En un instante, se formó un tumulto de hambrientos saqueadores y mercaderes que daban palos a un lado y otro en defensa del libre mercado.

Kemi aprovechó la confusión y corrió sin tapujos ni disimulo alguno. La capucha cayó sobre los hombros y el aire sacudió el flequillo largo que le cubría los ojos, corto en los costados y la nuca. Saltó un charco pestilente y una pareja de conjuradores albinos volvieron hacia ella los ojos sangrientos. Embistió a extraños y comerciantes y se abrió paso, resollando exhausta. Alguien la insultó a voces y una manzana mordida pasó cerca y dio en la cara de una mujer que amasaba una pasta de trigo y semillas. No miró atrás. Sabía que los guardias habrían pasado del mironi chillón, los andrajosos rateros, e incluso de los albinos que siseaban malas artes prohibidas; habían puesto en ella todo su empeño y no se rendirían hasta aplastarla contra el suelo y devolverla al presidio.

—Eso no va a pasar —masculló—. Nunca más.

Abandonó la multitud de la misma forma en que se escapa de la jungla para dar con un precipicio. Frenó en seco y contempló,



aturdida, una pequeña plazoleta ajena al tumulto del mercado. Había un puesto de comida y también un toldo bajo el que trabajaba un escribano que presumía de caligrafía en media docena de láminas. Un pequeño callejón se abría a un lado y otras dos calles hacia el sur y el oeste. Los guardias se acercaban. En el centro de la plaza, sobre un cajón desvencijado, un tipo de gesto resignado mostraba un cartelón en el que se leía: EL FIN ESTÁ CERCA. Kemi gruñó con un gesto irónico.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Eh, tú!

El hombre anuncio despertó de su abúlico trance, asomó un brazo por el lateral del cartelón y se señaló el pecho.

—¡Sí, tú! Claro que tú, joder... —insistió Kemi, de forma paciente—. ¿Por dónde se va a Los Puentes?

La velocidad de la respuesta exasperó a Kemi. El tipo se encogió de hombros, después miró a un lado, pero señaló al otro. Para cuando volvió a mirar al frente, Kemi ya corría hacia el callejón.

—¡El fin se acerca! —gritó a su espalda.

—¡Dime algo que no sepa! —replicó ella.

Sin embargo, no hay final ni principio real excepto en las mentiras. Incluso el destino se bifurca y crece a cada paso. Kemi resbaló en los adoquines y tropezó con unas cajas apiladas. En la caída, se llevó por delante un canalón oxidado. Arañas gato saltaron entre bufidos con las espinas erizadas y treparon las paredes. Dio de bruces contra el suelo. Sintió el rostro palpitante y magullado. Todo se volvió oscuro por un momento. Las heridas escocían, el estómago dejaba escapar vapores ardientes de bilis y vómito. La luz al final del callejón se alejaba y los edificios de ladrillo inclinaron sobre ella fachadas manchadas de hollín y ventanas ciegas. No había espacio a la rendición. Escapar era una necesidad ineludible, una obligación que no podía traicionar. Aunque el cuerpo y el espíritu se lanzaban reproches y estocadas inmisericordes que la ahogaban en dudas y temores. Kemi estaba tan agotada que su cuerpo se desmoronaba.

—¿Cuál es el camino? —murmuró—. Ayudadme. Necesito una pista. Algo.

El hedor de los canales llegó a ella al tiempo que escuchaba las pisadas de los guardias en la entrada del callejón. Tropezó y cayó sobre un montón de cestos y redes salpicadas de escamas plateadas. El callejón se abría a un puente que cruzaba el canal. Jadeó y cerró los ojos. La atraparían. Ya estaban cerca. El atropellado redoble de las botas resonaba por todas partes. Exhaló. Era lo que parecía, una rendición. Todos los animales exhaustos bajan la cerviz y aceptan la muerte llegado el momento. ¿Y qué era ella, al fin y al cabo? Lo intentó y falló. Como todas las que la precedieron. Y con el fracaso deseó un final rápido si eso era posible. La muerte debería ser lo opuesto a la vida. Aunque sabía que la llevarían presa y la entregarían a los sacerdotes y ellos la ungirían y vestirían como a una virgen, un ser sagrado, como si no supiesen que era todo lo contrario. Después la arrojarían a las máquinas y la convertirían en algo nuevo, un sádico invento nacido de pesadillas mecánicas.

Por un instante, se imaginó de vuelta en el calabozo, encogida, con la cabeza entre las rodillas, murmurando con una voz que no era suya: «Las flores brotan del lodo. Las flores brotan del lodo. Las flores brotan del lodo...».

Los síndicos aparecieron de repente. Vestían tabardo y pantalones de cuero y botas con herrajes. Pasaron a su lado. No la vieron. El puente retumbó. Aminoraron la marcha. Uno tocó al otro en el hombro. Se detuvieron. Kemi retuvo la respiración, como si pudiese fundirse con los maderos mohosos bajo ella, se arrastró hasta el borde y se descolgó bajo la estructura.

Los síndicos miraron a todas partes. Murmuraron algo. Podía ver sus cabezas calvas y los cables y tornillos y algunas placas de metal grabado de séfiras y runas matemáticas en el cuello y el pecho. Los ojos destellaban con la energía de la Kamé; sin cejas, solo una protuberancia sobre el filtro del respirador manchado de orín que ocupaba el centro del rostro, recosido y grapado al mentón y el cuello. Gesticulaban de forma espasmódica, como insectos de juguete, con los alfanjes serrados en alto y un cañón de mano al cinto. Se asomaron al canal por ambos lados del puente.



Barcazas cargadas de chatarra se balanceaban en la corriente. El agua era un caldo oscuro que reflejaba los ojos de los síndicos. Un remolino silencioso apareció y se esfumó al instante.

Kemi, oculta bajo el puente, rezaba en un murmullo inaudible. «Por favor, por favor, tenéis que ayudarme...» Una cortina de fino polvo se desprendía a cada paso de los síndicos. Permaneció muy quieta, en equilibrio sobre la cornisa del estribo, entre pilastras.

Los síndicos se miraron, confundidos. Un breve momento de esperanza se esfumó cuando descubrieron las sombras que latían en los rincones.

—Por favor —rezaba Kemi—, venid a mí, venid.

El guardia se acuclilló y acarició los maderos. Un gruñido tosco y sordo creció tras la máscara y se coló entre los tablones.

Kemi se movió a un lado, silenciosa, casi con la delicadeza de una bailarina. Si consiguiese alcanzar la parte más profunda bajo el puente, quizá allí podría esconderse, convertirse en una araña. Hincó las uñas en el ladrillo en busca de un asidero, aunque topó con alguien que también se ocultaba en la penumbra abovedada.

Era un modd: un humano modificado. Mitad máquina, mitad carne. Como los guardias, aunque de apariencia caótica y desordenada. Las piernas delgadas y largas, cubiertas con un pantalón andrajoso que no tapaba las juntas, anclajes y rodamientos de la cintura. A partir de ahí, la espalda era una masa de músculos hipertrofiados y venas palpitantes. Encogido entre sillares, abrazaba las rodillas mecánicas con unos brazos de madera y chapa rematados por manos de títere. La cabeza parecía un balón de cuero deshinchado, con partes de calva tumorosa y metal incrustado. El ojo izquierdo era una masa lechosa sin párpado; el derecho, tres lentes rayadas.

Un estremecimiento sacudió a Kemi, falló el paso y el vacío tiró de ella con fuerza. Desde las cejas, vio al guardia asomarse a la baranda y la quieta y apestosa negritud del canal bajo ella. Pedacitos de ladrillo cayeron al agua, precediendo su camino. Desplegó los brazos, en un intento inútil de mantener el equilibrio

porque ya estaba en el aire, dando zarpazos a la nada. Con un movimiento simiesco, el modd se balanceó de una parte a otra y la atrapó al vuelo. Describió un largo balanceo, rozaron la superficie del agua y se cobijaron bajo el arco principal. Todo ocurrió veloz y silencioso, como una brizna llevada por el viento. El gigante pegó su rostro al de ella y se llevó un dedo de madera a los labios.

—¡Eh! —gritó un falsete rasgado sobre el puente—. ¿Buscáis a una chica? Me ha pasado por encima la muy... ¡Por allí corre!

Los síndicos intercambiaron un silencio fugaz, salieron al trote y la amenaza se desvaneció. Kemi respiró aliviada. Se había mordido la lengua con tanta fuerza que un regusto férreo conquistó su saliva. El modd rugió y la estrujó contra él, mostrando unos dientes tan desproporcionados como la mandíbula. Un colmillo metálico del tamaño de un meñique destacaba sobre todos. Kemi lanzó manotazos a su pecho y se revolvió sin éxito. Soltó un gañido apurado antes de patear al modd en la entepierna, pero solo produjo un eco hueco. Sonrió de forma burlona y salvaje y ella le dio un tortazo que consiguió cabrearlo. Sus cejas de cera se vinieron abajo y, sin mucho esfuerzo, se la quitó de encima y la sostuvo en volandas.

—¡Zaid! —exclamaron desde arriba—. ¡Zaid! ¡Despejado!

El modd saltó hasta la cornisa y, como si no fuese más que una muñeca de trapo, Kemi pasó de una mano a otra. Tras un ágil balanceo, Zaid trepó arriba. Toda la estructura se compadeció con un crujido carcomido.

—Vaya, vaya —dijo el tipo sobre el puente—. ¿Qué es lo que tienes ahí?

Zaid arrojó a Kemi frente a él como quien regresa de una carcería. Ella, aturdida por la pirueta anterior, los zarandeos, el sofoco y el pie magullado, cayó sobre el trasero y aulló un gañido dolorido. Cuando levantó la vista, descubrió al compañero del gigante.

Era un viejo enjuto de ojos rasgados, devorado por un abrigo manchado de grasa y un aparatoso sombrero de piel con orejas,

una mano a la espalda y el rostro de roedor torcido por la curiosidad. Se acariciaba la hirsuta barba cana y una fina pelusilla donde debería nacer el bigote. Mascullaba su sorpresa ante el descubrimiento tan poco afortunado de Zaid.

—Niña tonta... —escupió—. Nos has echado encima a los guardias. ¿No has visto la señal a la entrada del callejón?

—¿Qué señal? —replicó ella mientras se dolía de los riñones—. No he visto nada.

—Pues deberías ir con más cuidado —refunfuñó. Negó con la cabeza, quizá apenado durante un breve instante, demasiado breve. Se encogió de hombros y ordenó—: Rómpele una pierna, Zaid.

—¡Zaid! ¡Rompe! —exclamó el gigante de forma atronadora antes de lanzarse a por Kemi.

—¡No! ¡No, por favor! —Gritó ella al tiempo que se defendía como gato panza arriba—. ¡Juro que no vi la señal! ¡No sé de qué estás hablando!

—Por favor... —Miró a lo alto, cargado de paciencia—. Tres cajas apiladas y marcadas con tiza.

Zaid, incapaz de atrapar a la escurridiza muchacha por el cuello, la inmovilizó con un pie en el pecho y ella se ahogó entre toses.

—¡No era mi intención! —musitó—. Lo juro, lo juro.

Su voz se apagó a medida que las fuerzas la abandonaban. El modd, por fin, agarró la pierna a la altura de la rodilla.

—Cajas, tiza... —continuó el viejo—. Nos trajinábamos esa barcaza.

—¡Zaid! ¡Rompe! —gruñó el gigante. Kemi redobló con los puños en el suelo.

—¡No! ¡Basta! —Apenas podía respirar. Sintió una tensión terrible en la rodilla—. Lo siento.

—Todos, ¡todos!, los rateros de Paraíso... —explicó el flacucho anciano, aunque su voz se apagó al tiempo que los pensamientos se convertían en un descubrimiento—... saben eso. Y tú no eres un ratero. —Se llevó una mano al interior del abrigo, sacó una petaca y dio un generoso trago sin perder de vista a

Kemi. Después, exhaló y se limpió con la manga—. ¿De dónde has salido tú?

—¡Zaid! ¡Rompe!

—¡No! —Saltó el viejo. Apenas rozó el antebrazo metálico del modd y este se detuvo—. ¡Espera, Zaid!

—¿No rompe?

—Todavía no, Zaid —ordenó él—. Déjala, por favor.

El gigantón abrió la prótesis mecánica y Kemi rodó y quedó tendida panza arriba, gimoteando entre jadeos.

—¿Quién eres? —la interrogó el viejo—. ¿Por qué te perseguían?

Ella se acarició el muslo mientras se recomponía. Tras un largo momento, falló en su intento de incorporarse sobre un codo y quedó tendida de costado. El pelo negro le cubría el rostro y, tras esa cortina, levantaba una mirada agotada y febril.

—Nadie —murmuró—. No he hecho nada.

—Nadie no es una buena respuesta —añadió él, apenado.

—Estoy sola —aclaró con un fino hilillo de voz—. No tengo a nadie.

El viejo sonrió.

—Eso te hace más parecida a nosotros —dijo—. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llaman Kemi.

—¿Quién?

—Ellos... —masculló, y levantó un dedo hacia la cúpula que asomaba sobre los edificios.

—¿Eres una esclava? —la interrogó el viejo. La respuesta de Kemi apenas abandonó sus labios y el viejo chasqueó los dedos frente a su nariz—. ¡Oye! ¡Eh, tú! ¿Estás bien? ¡Despierta!

El viejo apartó el saco sucio con el que Kemi se cubría y descubrió la camisa interior, bordada y de buena tela.

—¿Quién...? —bisbiseó suspicaz antes de posar la mano en su frente—. Está ardiendo.

Se enderezó, rascándose con saña bajo el gorro de lana, y siguió las últimas palabras de la muchacha. Allí estaba, el zigurat,

una fruta madura infectada de esclavos. Sirvientes, sodomitas, camareras, eunucos, porteadores y, sobre todo, mandados. Esclavos que trabajaban a cambio de una paga, eso sí, un dispendio mísero con el objetivo de comprar la libertad algún día.

—¿Oye? Me llamo Burr y este es Zaid... —dijo el viejo.

Kemi cerró los ojos y se deslizó hasta el lugar en que ya no era ella y las voces que la poseían asomaban a sus labios.

—El manco —musitó, como quien habla en sueños—. Tengo que encontrar al manco. Es... importante...

Burr se alejó un paso atrás y la observó, brazos en jarras.

—¿Qué ha dicho? ¿Tú lo has oído? —Burr y Zaid intercambiaron su desconcierto—. Chica, ¿me escuchas?

Burr acunó una sospecha bajo el bigote. Dio media vuelta y el abrigo se desplegó con un caótico repique de las herramientas en la bandolera. Zaid ronroneó confuso. Durante un instante, el viejo mecanista miró arriba, boca torcida. Un par de barcasas recorrieron el cielo con un petardeo rítmico. Zaid rugió, apremiante.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —exclamó el viejo—. Estoy pensando.

Tras pellizcarse la papada, chasqueó los dedos una vez más.

—Coge a la chica, Zaid —ordenó—. La llevamos a casa.

El modd enseñó los dientes torcidos y dio un puñetazo en la baranda que hizo temblar todo el puente.

—¿Qué quieres que haga? ¿La dejamos aquí?

En esa ocasión el rugido fue terrible, casi el de un oso.

—No es caridad, querido —se explicó Burr con gesto paciente—. Pero ya has oído lo que ha dicho. Si se queda aquí será víctima de los traficantes de colágeno o la secuestrará algún proxeneta tuerto, y eso no es lo que queremos, ¿verdad? No nos gustan esas cosas.

Zaid se inclinó sobre Kemi y el ojo mecánico se ajustó con un chirrido suave. El rumor en el pecho acompañaba a las dudas de Burr. El viejo llevaba razón en una cosa: la chica no duraría mucho en las calles. Pronto, las sombras brotarían de los rincones y todos correrían a esconderse a sus casas, a encender leña podrida

y comer pan duro en espera de un nuevo día o eso que se le parece: esa alba sucia y carente de colores que mantiene tibia la esperanza en Paraíso.

—La llevaremos con nosotros —insistió el viejo.

Zaid la cargó al hombro como quien levanta un saco de plumas. Ella gimió y, al recuperar levemente la consciencia, sacudió las piernas y opuso algunos zarpazos flojos y palabras a medias.

—Tranquila, Kemi —susurró Burr a su lado—. Vendrás a Hogar con nosotros. Allí estarás bien y encontrarás a quien buscas.

Ella murmuró algo. Su voz sonó diferente y lejana y no entendió sus propias palabras.

Burr dio una breve carrera de pasos cortos mientras frotaba las manos, cubiertas por más agujeros que guantes. Se escurrió por un lado del pasamanos y descendió una pasarela de ladrillo que bordeaba el canal. Pateó una lata que salió volando y desapareció entre burbujas en la superficie del agua.

Una sombra cubrió la escasa luz de la tarde y ella abrió los ojos. Todo le daba vueltas. En lo alto, un globo navegaba muy por encima de los picudos tejados. Podía ver la quilla, cubierta de musgo y nidos de golondrinas marinas, y el mascarón de proa: una mujer que apuntaba al frente una espada. Si pudiese estar allí arriba, si pudiese embarcarse y salir de allí para no regresar nunca. Con ese pensamiento, se rindió a la duermevela febril y cayó desfallecida en la espalda del modd. A lo lejos, tras la cortina de sus sueños, el bullicio de la urbe, la ruidosa marea de comerciantes, buscavidas, cazadores de cabezas, putas, esclavos, ladrones y brujas, mecanistas y mentirosos, muchos mentirosos. Quizá como Burr y Zaid, como ella misma, que no era esclava pero sí fugitiva. Después de todo, la mentira era parte del lodo sobre el que se levantaba aquella ciudad sin fin.